

Si el hombre es libre, pero su libertad que consiste en la facultad de escoger en el bien y el mal, entre la verdad y el error, es una libertad imperfecta, porque la perfección de la libertad consiste, por el contrario, en la imposibilidad de decidirse por el mal ó por el error. Dios es perfectamente libre, como es perfectamente bueno, perfectamente justo, perfectamente sabio, perfecto en todo, pues es la misma perfección; y sin embargo, es absolutamente imposible que Dios pueda jamás decidirse por el mal ó por el error.

Es necesario tener presente esta imperfección de nuestra libertad, para procurarnos con el auxilio de la fe y de la gracia, que nos han sido dadas para levantar nuestra naturaleza caída. Cuando sufrimos cambios en nuestro entendimiento con las sombras del error; cuando escuchamos lecciones nuevas y poderosas en el fondo del corazón al voz del orgullo ó de las pasiones; cuando nuestra alma preciosa se fatiga y protesta contra la verdad católica, pidámos al Espíritu Santo, que cambie en las de todas las cosas, que derrame en nuestro corazón el bálsamo de la gracia, que es el único capaz de cambiar en nuestra su naturaleza dura y caída, y que encienda en nuestro entendimiento la luz esplendorosa de la fe, disponiéndonlo para aceptar y recibir sin obstáculos, resistencias, el suave yugo de la verdad.



## PENSAMIENTOS

### ACERCA DEL RACIONALISMO

Meditando en los diversos principios sociales, filosóficos, políticos y religiosos proclamados por los enemigos de la verdad, he observado siempre que esos principios propinados á la candidez del vulgo como axiomas indiscutibles, como dogmas de verdad obvia y, sobre todo, como conquistas preciosas en pro del bienestar social, de la verdad filosófica, de la libertad política y de la verdadera fe religiosa, son precisamente la negación de todo orden social, de la verdadera y sana filosofía, de las libertades políticas y de toda fe ó creencia religiosa.

En otros términos: semejantes principios parecen enunciar, en efecto, la verdad, si se atiende únicamente á las palabras de que se sirven los que se toman la molestia de formularlos, ó se les acoge con ligereza; pero si se les sujeta á un examen "calitativo y cuantitativo," como diría un químico, se obtiene por seguro resultado conocer en su composición los elementos deletéreos del error contrario á la verdad que parecía enunciarse, la negación absoluta y radical de los mismos principios que se aparentan proclamar y el ningún peso de las sinrazones que se les quiere dar por fundamento.

Me serviré de la medicina para poner un ejemplo; mas como soy enteramente profano en esta importante y difícil ciencia, la lealtad me obliga á declarar que supongo solamente como verdadero lo que he oído en boca de los alópatas, dejando á éstos toda la responsabilidad de sus aserciones.

Hé aquí el ejemplo:

Los homeópatas, desde Hahneman, su inventor, hasta el último aficionado que con la ayuda de un exiguo botiquín pretenden hacer desaparecer por vía de encantamiento las más graves enfermedades, proclaman a voz en cuello y en són de triunfo á la homeopatía como la verdad en medicina, como la verdadera, la única cien-

cia médica; pero como la homeopatía sólo administra al enfermo algunos microscópicos globulillos ó terroncitos infinitesimales de azúcar que no contienen substancia alguna medicinal, en la cantidad necesaria para producir en la economía del paciente efecto alguno bueno ni malo, la homeopatía viene á ser así la completa negación de todo procedimiento para combatir las dolencias del cuerpo humano; á menos que al "doce far niente," al "no proceder" de la homeopatía quiera darse el nombre de "procedimiento negativo," que en este caso, dicen los alópatas, no se lo negaremos. Ahora bien; como la medicina es la ciencia que tiene por objeto enseñar los medios de combatir las dolencias del cuerpo humano, y la homeopatía se reduce á representar el cómodo papel de simple espectadora de las luchas entre la fuerza medicatriz, ó sea, la propensión natural de los órganos enfermos al estado fisiológico, y la fuerza morbosa de la enfermedad, la homeopatía, aunque se proclama la verdadera ciencia médica, no es más que la negación absoluta y radical de la medicina.

Así concluyen diciendo los alópatas, y sin empeñarme, poco ni mucho, en averiguar la verdad de sus aserciones, me conformo con apoyar mi símil en la hipótesis

de que son verdaderas, pues la hipótesis basta al objeto que me propongo.

Lo que sucede con la homeopatía, sucede también con los demás sistemas que no están fundados en la verdadera naturaleza de las cosas y que, sirviéndoles de base un error, necesitan ataviarse con las apariencias de la verdad para deslumbrar á los que adolecen de esa terrible dolencia que se llama miopía de entendimiento, acompañada, las más veces, de una raquitis incurable de la voluntad.

Para los espíritus impresionables que se conforman con argumentos fundados en simples analogías, esta comparación podrá ser suficiente; pero á las almas razonadoras que gustan de sondear con ánimo sereno hasta el fondo de las cosas, mi pobre ejemplo estará muy lejos de satisfacerles.

Preciso es, por lo tanto, examinar algunos de esos principios proclamados como verdaderos por los sectarios del error y demostrar directamente la verdad de mi tesis.

La escuela socialista se llama la regeneradora de la sociedad, la que aspira á establecer el mejor orden social y el más propio y conducente para realizar la felicidad de los asociados.

La escuela socialista pretende, es verdad, destruir el actual orden de cosas; pero para establecer otro en su lugar que

juzga más á propósito para conseguir la felicidad del hombre.

La escuela socialista no es, pues, ateniéndose bien, enemiga del orden social, al menos así lo dice, sino del actual orden que juzga defectuoso y contrario á la libertad humana.

La escuela socialista pretende establecer el verdadero orden social, el orden que está fundado en la naturaleza, y si se atiende únicamente á sus fogosas declamaciones en favor de los desvalidos que espiran hambrientos y desnudos, mientras junto á ellos pasan cubiertos de oro y pedrería los magnates de la tierra; si se escuchan sin reflexionar esas atrevidas definiciones, rápidas y fosfóricas como la luz de los relámpagos, que dicen que la propiedad es el robo, la religión cristiana un mito, el matrimonio el egoísmo y la democracia la envidia; si se abandonan á la seducción de sus ardientes peroratas contra los gobiernos, cercenadores de la libertad individual y política; contra los sacerdotes, verdugos de la conciencia y tiranos de la razón; si se dejan arrastrar por la fascinación que les causa la espléndida pintura de una vida pasada entre las delicias de la comunidad de bienes, de la promiscuidad de las mujeres y de la absoluta libertad de acción; si se fijan, en fin, únicamente en las palabras y en la intención apa-

rente de esos declamadores, los miopes de marras sostendrán con ellos que el socialismo es la verdadera ciencia social, el sistema que está llamado á plantear el orden y la armonía más encantadores en esta tierra, que será nuestro futuro paraíso.

Empero, los hombres pensadores que no se dejan deslumbrar por los impuros destellos de los fuegos fatuos, se detienen á examinar detenida y concienzudamente los principios que se proclaman y aquellos que intentan derribarse: por un lado ven el derecho de propiedad, consecuencia ineludible de la ley del trabajo, principio fundado en la naturaleza misma del hombre; el matrimonio, base de la familia, que es fundamento inamovible de la sociedad; la autoridad política, reguladora del orden social, y la religión, ó lo que es lo mismo, la palabra de Dios, enseñando al hombre sus deberes y manteniendo el orden moral que sin ella desaparecería bien pronto de la tierra, y por otro lado sólo ven la supresión de todos estos grandes principios, sin que en su lugar se edifique nada sólido, nada estable y duradero capaz de mantener un orden social cualquiera; si sólo ven el principio de la comunidad de bienes que concluiría por nulificar la actividad individual, por matar la industria, las artes y las ciencias; si contemplan á la sociedad entregada por completo al torbellino de to-

das las pasiones, sin regla alguna de conducta, sin freno que la mantenga en sus deberes, sin timón que la guíe á través de las tempestades hacia el puerto feliz de sus últimos y magníficos destinos, ¿no es fuerza que concluya por comprender que el socialismo, lejos de querer establecer orden alguno, no es más que la absoluta negación de todo orden social?

Las escuelas que de todo dudan son en filosofía lo que el socialismo en las ciencias sociales, es decir, la negación de la filosofía; porque la filosofía es amor á la ciencia, y la ciencia supone ciertos principios fundamentales sobre los cuales no cabe discusión; pero es así que las escuelas pirrónicas no están ciertas nunca de la verdad de nada, luego las escuelas pirrónicas no son más que la negación de la filosofía.

Pirrón no estaba cierto ni aun de la existencia real de los seres físicos, ¡y sin embargo, se llamaba filósofo!

“Se ha dicho, y con exactitud, dice un autor que se ha traducido en español que es un axioma; y que el “más allá” que columbra la razón humana, aquel espacio inmenso que cae al otro lado de las fronteras de la inteligencia, es un misterio. Ahora bien; ni el axioma se demuestra, porque no há menester demostración ni se demuestra el misterio, porque su naturaleza es la de ser indemostrable; divaga, pues,

el racionalismo entre un axioma y un misterio, sin rumbo fijo, sin principio generador.”

En efecto, los Pirrones modernos no aceptan, por una parte, el misterio, y por otra, conservan su libertad de negar, cuando más gana les dé, los axiomas más obvios: no saben de dónde vienen ni á dónde van; carecen de punto de apoyo y de base para sus raciocinios; sus enunciaciones no tienen objeto determinado; y se llaman filósofos!

Las escuelas racionalistas vienen repitiendo á través de las edades, hace diez y nueve siglos, la pregunta de Pilatos á Jesucristo: “Quid est veritas?” y como Pilatos vuelven las espaldas por no tener paciencia y humildad para esperar la respuesta.

Este pensamiento no es mío; pero es nuevo, original y verdadero.

El liberalismo se ostenta como el mejor sistema de libertad política.

El liberalismo quiere la libertad, pero á fuerza de quererla la ahoga, la aniquila, y en su lugar establece la más vergonzosa servidumbre.

La libertad perfecta no consiste en la facultad de hacerlo todo, el bien y el mal indistintamente, sino en practicar sólo el bien.

La libertad de hacer el mal, lejos de ser

libertad, es defecto de libertad, porque Dios, ser esencialmente libre, es, sin embargo, incapaz de practicar el mal.

Ahora bien, el liberalismo, que no tiene por regla más que los dictados de la razón humana; que al par que las del bien sueña permitir (y es lo que sucede con más frecuencia) las manifestaciones del mal; que sujeta á los gobernados á los caprichos del hombre, que por sí mismo no tiene autoridad alguna sobre el hombre, y lo substraer á la voluntad de Dios que es la única fuente de verdadera libertad; el liberalismo, digo, es contrario á la libertad, que sólo consiste en hacer el bien, sujetándose á un tipo eterno de bondad, que está fuera del hombre.

Todas las sectas religiosas se proclaman la verdad en materias de religión.

Las sectas pretenden destruir, es cierto, la religión católica, que es la verdadera, la revelada por Dios; pero todas ellas convienen en la necesidad de una religión.

La religión es y debe ser “regla segura é infalible de verdad” que ordena nuestras relaciones con Dios; pero como la frágil razón humana está sujeta á mil errores y no es ni puede ser nunca “regla infalible de verdad” y las sectas disidentes reconocen por base de sus doctrinas el libre examen, de aquí es que las sectas no son más que la rotunda negación de toda fe ó creen-

cia religiosa que supone la confianza del hombre en la palabra divina.

Hemos considerado al racionalismo en sus principales manifestaciones, de la manera breve y concisa que puede hacerse en un artículo de periódico: bueno será examinarlo ahora en sí mismo, analizando con la misma brevedad su naturaleza, sus causas y el objeto que se propone.

El racionalismo es la rebelión de la razón humana contra la Razón divina.

El racionalismo reconoce por única causa la soberbia del hombre, cuya primera manifestación tuvo lugar en los floridos campos del Paraíso terrenal.

El racionalismo, hijo de la carne, no se propone, como pudiera pensarse, disfrutar los inefables placeres del entendimiento, los más puros, los más elevados, los más sublimes, sino la satisfacción del orgullo indomable y aun de los apetitos sensuales: porque así como entre la verdad y la virtud existen misteriosas relaciones, el error engendra siempre el pecado.

¿Cómo un sistema filosófico que desprecia la palabra divina puede ser inspirado por el deseo de gozar los placeres del espíritu, de satisfacer la sed abrasadora de conocer las obras portentosas de la creación, sus causas y los fines para que han sido creadas?

La ciencia que se aparta de la revelación

divina, no es ciencia, la razón que no se ilustra con las enseñanzas de Dios, jamás llegará á conocer las verdades más importantes relativas á ella misma, su origen y su destino, ni el origen y destino del hombre que la posee.

A la verdad, el racionalismo, como todo error, es inconsecuente; aparenta adorar á la razón humana, desea ensanchar el círculo de sus conocimientos, ilustrarla más y más por todos los medios posibles y, ¡cosa rara! rechaza las enseñanzas de una Razón que es superior á ella, de la Razón que abarca en su ilimitada esfera la razón de todas las cosas, así como el espacio infinito abarca y contiene los innumerables mundos que narran las glorias del Señor.

No sé dónde he leído una anécdota que, á mi juicio, peca de inverosímil; pero que siendo oportuno referirla, bueno es no dejarla pasar en silencio.

Cuentan que un astrónomo, dando riendas una vez á su ardiente fantasía, creyóse en medio del espacio abarcando con una sola mirada las maravillas del cielo: veía á la tierra como un punto imperceptible perdido en las oleadas de la creación, al esplendoroso y hermosísimo Sirio rodar majestuosamente sobre su cabeza, á Saturno, orgulloso con sus anillos gigantesco, y á todos los astros descubrir ante sus ojos sus más recónditos misterios.

La alucinación del pobre astrónomo llegó hasta el grado de destrozar con desprecio sus poderosos instrumentos y de pretender fijar sus ávidas miradas en el disco esplendoroso del Sol.

El desenlace de esta pobre comedia es fácil de adivinar: el astrónomo no pudo ya gozarse en la contemplación ni aun de lo poco que podía alcanzar con el auxilio de sus telescopios.

Inútil me parece decir que el astrónomo es el racionalismo, y los telescopios por él destrozados la revelación divina.

Ahora bien, si el racionalismo desprecia la palabra de Dios, si rechaza el conocimiento de aquellas verdades que no puede alcanzar con sus solas fuerzas, si conociendo, como no puede menos de conocer, que la razón humana es frágil, limitada y propensa á caer en error, se entrega, sin embargo, en brazos de sus caprichos, de sus solas inspiraciones, fuerza es concluir diciendo que el racionalismo es contrario á la razón.

Pero, ¿dónde está la palabra divina? exclamará algún racionalista. "Quid est veritas?"

¡Ah! la palabra divina resuena constantemente al oído del hombre, hace el espacio de cerca de seis mil años, desde Adán hasta Moisés, desde Moisés hasta Jesucristo, desde Jesucristo hasta León XIII.

La palabra divina está en los libros de Moisés, en la sublime y sencilla narración de los Evangelios, en la tradición de mil generaciones, en todas partes; y si se niega la autenticidad de los libros de Moisés y los de los cuatro Evangelistas, y la tradición constante y universal y todo, ¿qué razón habrá ya para creer en algo?

Si no se cree en Moisés, ¿por qué razón ha de creerse en Herodoto, Salustio ó Tito Livio?

Si se niega la revelación divina, no queda más que una cosa: la duda, y la duda es el infierno anticipado del alma.

